

raudales la importuna luz del sol; y en vano se aguarda hasta aquí una mano reparadora que restituya á su destino la fundación del cardenal, como la ha encontrado el seminario contiguo, donde acaba de renacer del polvo la obra del arquitecto Sagarvinaga.

Nueve parroquias y otros tantos conventos reunía Ciudad Rodrigo en tiempos no lejanos, y hay quien dice que de las primeras tuvo antiguamente muy más crecido número (1). La de San Juan en la plaza y la de San Pedro sobreviven con harta pobreza á su supresión sin merecimiento alguno artístico; hasta la de San Isidoro, única que dentro de las murallas subsiste, no conserva de su primitiva fábrica sino un ábside lateral de ladrillo revestido de zonas de arquitos concéntricos de medio punto, habiéndose reedificado con bóveda de crucería su capilla mayor á mediados del siglo XVI (2). Hacia la misma época erigió el noble Juan de Chaves y Herrera para los religiosos Agustinos una suntuosa nave de imitación gótica, trasladando al interior de la ciudad la fundación que fuera de ella había hecho en 1483 su bisabuelo Francisco de Chaves, y á pesar de que la dejó incompleta y sin fachada, los escudos de armas atestiguan su generoso patronato (3). Á las Descalzas Franciscas dió principio hacia 1605 la ilustre D.<sup>a</sup> Catalina Enríquez vistiendo su austero sayal.

Atravesando la hermosa alameda del campo de Toledo, cuya fuente adornada con surtidor recibe copiosas y excelentes aguas por una cañería de dos leguas que se pretende haber su-

(1) «En lo antiguo, escribe el canónigo Díez al viajero Ponz, tuvo la ciudad treinta parroquias; el siglo pasado tenía once.» Creemos exagerada la primera cifra, y en el siglo XVII Méndez Silva no le atribuye más que ocho.

(2) Dice un letrado que fundaron dicha capilla Francisco Vázquez el viejo y Francisca de Aldana su mujer y que fué acabada en 1546. La antigüedad de la parroquia de San Isidoro, patrono de la ciudad, remonta, como ya notamos, al tiempo de Fernando II.

(3) Trae el P. Herrera en su *Historia de los Agustinos de Salamanca*, la genealogía de los Chaves procedentes de Portugal á fines del siglo XIII y enlazados con los Garcí López de Ciudad Rodrigo.

cedido á un acueducto romano, nos transferimos desde el recinto amurallado al crecido arrabal del norte poblado de superior y casi doble vecindad. Dos parroquias contiene de obra insignificante, San Andrés y San Cristóbal, y un convento de Clarisas favorecido ya en 1240, bajo la advocación de Sancti Spiritus con exenciones y privilegios, é ilustrado con varias memorias sepulcrales, desde la venerable sor Hadabona que descansa en el coro, hasta la magnífica Beatriz del Águila, que muriendo en 1535, después de cincuenta años de abadesa, legó su mármora efigie á la capilla mayor (1). Allí cerca se levantaba el convento de Santa Cruz, de monjas Agustinas, establecido en 1517 por doña Beatriz Pacheco de la casa de Cerralbo: su situación lo convirtió en fuerte avanzado para resistir los asedios de 1810 y 1812, llenándolo de gloria, de sangre y de ruinas. Entonces también sucumbieron tres inmediatos conventos de religiosos, el de Santo Domingo, el de la Trinidad y el de San Francisco, que colocado á un extremo del arrabal le comunica su nombre todavía. Era el más notable de todos, y gloriábase de deber su origen al mismo santo patriarca y de conservar sus huellas en un pozo triangular del huerto y en multitud de tradiciones, que movieron la devoción de los vecinos á trocar en suntuoso templo la humilde ermita de San Gil donde se había albergado. Restos hemos visto de su magnificencia en los grandiosos paredones de sillería, en los arcos ojivales de la nave ya sin bóveda, en la capilla mayor y otras vastas capillas á derecha é izquierda rodeadas todas de nichos mortuorios, cuyas removidas tumbas y efigies volcadas contra el suelo guardan mal los blasones de tantas familias ilustres que allí se prometieron más respetado y durable reposo (2).

(1) Sobre este convento y el de franciscanos véanse los *Anales* de Wadingo.

(2) En una capilla de la izquierda leímos la inscripción siguiente en caracteres góticos: «Esta sepultura y capilla es del venerable señor Gonzalo de Soria racionero que fué en la santa iglesia desta ciudad, el que la mandó facer de sus bienes e dotar de retablo y ornamentos; diéronselos los padres reverendos ayuntados en capitulo provincial para sí y para su linaje; falleció año de MDXVI años.» A

Por sur y oeste corre á los piés de la ciudad el Águeda, arrastrando arenas de oro en su corriente no escasa, y deslizándose, al acercársele por el primer punto, bajo los siete arcos de su puente, la mitad del cual es de fábrica antigua como las dos torres que defendían un tiempo sus extremidades, aunque no tanto como el informe verraco de piedra colocado á su salida, la mitad renovado en 1770 á costa de la provincia y de las otras colindantes por el citado Sagarvinaga. Comunica el puente con otro arrabal harto menor que el de San Francisco y expuesto á las inundaciones del río inmediato: su parroquia se titula Santa Marina. Sobre la misma ribera, aunque á una hora casi de distancia, tuvieron los Premostratenses un espacioso convento, empezado en 1590 por Francisco Martín religioso de la orden; y á la cúpula, crucero y capilla mayor de su iglesia dió remate en el pasado siglo Sagarvinaga, y decoración de columnas dóricas y compuestas á las galerías del magnífico claustro.

Al rededor de Ciudad Rodrigo, como formando el palenque de las gloriosas lides que ha sustentado, trazan las sierras un dilatado circo abierto sólo por el lado septentrional, hacia donde afluyen los copiosos riachuelos desprendidos de sus vertientes. Ameno es el horizonte, accidentado y cubierto de vegetación el territorio; pero en un radio de cinco ó seis leguas apenas brota ni vieja ruina ni recuerdo histórico, excepto el de alguna conferencia de reyes en Fuente Guinaldo. Toda la importancia del partido la absorbe su cabeza, cual si las demás poblaciones, rústicas é ignoradas, no fueran otra cosa que aduares transitorios prontos aún á replegarse dentro de los muros ó á guarecerse en las breñas á la menor señal de alarma.

---

mano derecha hallamos dos epitafios de Lope Osorio Centeno y de Pero Álvarez Centeno que murió en 1524, caballeros y regidores entrambos, y en otra capilla del mismo lado el de don Bernardino del Águila, arcediano de Alcaraz en la catedral de Toledo, fallecido en 1583, hermano ó sobrino sin duda del obispo de Zamora don Antonio del Águila muerto en 1560, cuya era la capilla y que tenía en ella su estatua levantada. En la capilla mayor, además de las hornacinas bajas, había en alto dos de la decadencia gótica.

## CAPÍTULO VIII

La Peña de Francia, la Alberca, las Batuecas



SEA que en la pérdida de España no todos los fugitivos se retirasen hacia Asturias, hallando muchos más cercano asilo en las montañas de su respectivo país, sea que de la incursión atrevida de Alfonso I por el centro de la península quedaran colonias establecidas en los sitios más quebrados, parece indudable que la imponente cordillera tendida al sur de Salamanca sobre los confines de Extremadura, abrigó en su seno moradores cristianos mucho antes de asegurada la reconquista de la tierra. Peña de Francia se titula de tiempo inmemorial, la escarpada cima que descuella hacia el medio de la formidable muralla siete leguas al oriente de Ciudad Rodrigo; y este nombre de origen inapeable, enlazándose naturalmente con las romancescas tradiciones de Carlomagno y de sus pares, ha dado ocasión de traer allí un conde Teobaldo que el vulgo llama Montesinos, hijo del conde Grimaldo, y nieto de Pipino el gordo, á quien su tío